



Fraternidad Laici Cavanis
Casa Sacro Cuore, ISTITUTO CAVANIS
Via Col Draga – POSSAGNO (TV)

MONASTERIO INVISIBLE 2 septiembre 2021

El camino espiritual del creyente, incluso hoy, se interpreta a menudo en clave moral como un itinerario de liberación del pecado, a través del ejercicio de una disciplina interior basada en la mortificación y la renuncia.

El riesgo de tal enfoque es considerar la salvación como una meta merecida con nuestro esfuerzo, ganada a través de nuestro compromiso moral, casi la recompensa debido a nuestro esfuerzo interior. Esta forma de ver, sin embargo, cancela el sacrificio de Cristo: si soy salvo por los méritos alcanzados o por mis obras de justicia, la cruz de Cristo ya no es necesaria.

Sobre esto el apóstol Pablo es categórico: "Pero cuando se manifestó la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor por los hombres, no nos salvó no en virtud de nuestros méritos o de las obras de justicia que hemos hecho, sino por su misericordia a través de un lavado de regeneración y renovación en el Espíritu Santo" (Tit 3: 4-5).

Lo que no funciona es nuestra comprensión del misterio del pecado que, en el Nuevo Testamento, ante una acción de la que somos responsables, es una condición de la que somos víctimas. Sobre todo, el apóstol Juan, que distingue entre " el pecado" y "los pecados", nos ayuda a entender esto; en el texto griego se especifican las dos situaciones, no sólo mediante el uso del singular o plural (como en la traducción italiana), sino mediante el uso de dos términos diferentes.

El pecado, en singular, se identifica por el término **amartìa** que indica no tanto algo que se logra, sino más bien algo que no está disponible (**amartàno** en griego, significa "no tener", "carecer.."); los **pecados**, en plural, se identifican en cambio con el término **adikìa** (infracción de la justicia) o **avomìa** (violación de la ley) y son, sí, el resultado de nuestra debilidad radical. Pero lo que nos excluye de la plenitud de la vida es el pecado, y "el pecado del mundo (**amartìa**) es este", dice Jesús siempre según el testimonio de Juan, "los que no han creído en mí" (Jn 16, 9).

*La clave es, por lo tanto, **creer** (etimológicamente "dar el corazón"), es decir, entrar en esa dimensión de familiaridad con Dios que Jesús llegó a realizar a través de "la nueva y viva manera" de la Encarnación.*

La liturgia de la Asunción, celebrada en este mes de agosto en el que todavía estoy preparando el texto que utilizaremos para renovar el compromiso del Monasterio Invisible, nos recuerda que nuestra fragilidad es traída como regalo por una Madre que compartió con nosotros el cansancio del camino en la tierra y que nos inauguró la entrada en la patria del Cielo, junto a su bendito Hijo.

Creer, por lo tanto, es ante todo acoger al Hijo en nosotros, generarlo a través de la fe y entregarlo a través del servicio. Esta fue la sensibilidad propia de los Fundadores, P. Antonio y P. Marcos, y desde ella queremos dejarnos guiar al comienzo de este nuevo año pastoral y escolar.

Del libro de Apocalipsis de San Juan Apóstol (Apocalipsis 11:19a; 12:1-6a.10ab)

El templo de Dios en el cielo se abrió y el arca de su pacto apareció en el templo.

Un signo grandioso apareció en el cielo: una mujer vestida al sol, con la luna bajo sus pies y, en su cabeza, una corona de doce estrellas. Estaba embarazada, gritando sobre los dolores y el trabajo de parto del parto.

Entonces apareció otro signo en el cielo: un enorme dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos y siete diademas en sus cabezas; su cola arrastró un tercio de las estrellas del cielo y las cayó a la tierra.

El dragón se paró frente a la mujer, que estaba a punto de dar a luz, para devorar al bebé tan pronto como lo dio a luz.

Ella dio a luz a un hijo, destinado a gobernar a todas las naciones con un cetro de hierro, y su hijo fue arrebatado a Dios y a su trono. La mujer, en cambio, huyó al desierto, donde Dios le había preparado un refugio.

Entonces escuché una voz poderosa en el cielo que decía: "Ahora la salvación, la fuerza y el reino de nuestro Dios y el poder de su Cristo se han cumplido".

De "LOS CAVANIS Y LA DEVOCIÓN A LA VÍRGEN MARÍA" de P. Giovanni De Biasio, en www.cavanis.org

Al amor de la querida Madre María atribuyeron las gracias y la ayuda también a las necesidades materiales de la vida del grupo juvenil (Congregación Mariana), de las Escuelas y de la nueva Congregación fundada en 1819-20, por ejemplo, la compra del edificio para las Escuelas y para los Ejercicios, el pago de deudas, el resultado de pesados procedimientos burocráticos: guardaron la memoria de todo esto en el Diario de la Congregación. Por lo tanto, debemos decir que el

término "mecenazgo" significaba dos grandes expresiones de su fe y devoción a María: a) la certeza de que María, a cuyo corazón de la madre moribunda Jesús había confiado a la humanidad, estaba presente. observó, protegió con su oración su vida, el trabajo y los jóvenes que se les confiaron; b) la confianza total en María, que se convirtió en el ejemplo ideal de aceptación de la Voluntad de Dios, de escucha de la Palabra, de pureza y castidad, de amor gratuito: por lo tanto, nos confiamos a ella para hacer el camino de la vida con su ayuda.

(...)

En la historia de la espiritualidad católica, la iniciativa de celebrar un Año Mariano se debe a nuestros Padres Fundadores. No hay noticias previas sobre esto. Conocemos el Mes Mariano que en Occidente es el mes de mayo, debido a la devoción popular, caracterizada por la oración del Rosario y la práctica del "florete". En oriente muy pronto desarrolló un Mes Mariano sobre una base litúrgica: para los ortodoxos es el mes de agosto, centrado en la gran fiesta de la Dormición de María (María Asumida en el Cielo), mientras que para los coptos es el mes de diciembre con la gran solemnidad de la Natividad del Señor. Haber celebrado un año mariano tres veces en sus vidas, junto con los hermanos de su nueva Congregación religiosa y los estudiantes de los dos Institutos, da testimonio de cuán profunda fue en nuestros dos venerables Fundadores la devoción a María SS.ma, cómo sintieron su amor maternal vivo y activo, necesario para imitar las virtudes, con qué confianza invocaron su patronazgo. También lo derivamos de la oración "OH QUERIDA MADRE MARÍA.

(...)

Antonio observa: "Nos deja a María como Madre, si queremos ser discípulos", si estamos dispuestos a llevarla a nuestra casa, compartiendo y apoyando nuestra vida consagrada y nuestro apostolado. Dependientes de este icono fundamental, encontramos otras imágenes de María para las tres partes en las que se divide la oración en la que nuestros Padres nos enseñaron a pedir diaria e insistentemente: 1) santidad para nosotros mismos y para todos; 2) para que nuestro Instituto crezca y se fortalezca para la gloria de Dios y para el bien de los jóvenes "abandonados"; 3) la victoria sobre el mal, con la ayuda de la Inmaculada, y la bendición de todos los sacrificios y compromisos educativos destinados a "reunir, preservar y llevar a los jóvenes a la hermosa patria".

